

Santo Tomás de Villanueva: la esperanza

RESUMEN:

La esperanza es el fundamento de la vida y de la actividad pastoral de santo Tomás de Villanueva. Su concepción de la esperanza está determinada por las circunstancias en las que se desarrolló su vida: inmoralidad en las costumbres, abuso de poder, reforma protestante, guerras contra los turcos. Frente a estas circunstancias no sabe qué hacer, pero se siente impulsado a realizar una reforma de la Iglesia. La raíz de este deseo de reforma radica en la imagen de Dios impresa en el corazón del hombre. Es Dios mismo quien le impulsa a actuar. La seguridad de su actividad pastoral radica en la confianza en Dios. Dios es fiel a sus promesas. La expresión de su confianza en Dios es el misterio de la Encarnación. La doctrina de la esperanza en santo Tomás es ante todo cristológico. La esperanza va siempre unida a la fe y sobre todo a la caridad. Santo Tomás acentúa, sobre todo, la esperanza en el perdón, en la misericordia de Dios hacia el pecador.

PALABRAS CLAVE: Esperanza, la vida del hombre es un camino, fidelidad de Dios, misterio de la Encarnación, misericordia.

ABSTRACT:

Hope is the foundation of the life and pastoral activity of St. Thomas of Villanova. His conception of hope is determined by the circumstances in which his life developed: immorality in customs, abuse of power, protestant reform, wars against the Turks. Faced with these circumstances he does not know what to do, but he feels impelled to reform the Church. The root of this desire for reform lies in the image of God imprinted in the heart of man. It is God himself who impels him to act. The efficacy of his pastoral activity lies in his trust in God. God is faithful to his promises. The expression of his trust in God is the mystery of the Incarnation. The doctrine of hope in St. Thomas is first of all Christological. Hope is always linked to faith and above all to charity. St. Thomas emphasizes, above all, hope in forgiveness, in God's mercy towards the sinner.

KEY WORDS: Hope, man's life is a journey, God's faithfulness, mystery of the Incarnation, mercy.

Santo Tomás de Villanueva no nos ha dejado ningún tratado sobre la esperanza, no obstante, podemos constatar que el tema de la esperanza se encuentra presente en todos sus sermones como se encuentra igualmente presente en toda su vida. La esperanza constituye la base, el fundamento de toda su actividad pastoral. La esperanza es la vida de su vida.

LAS CIRCUNSTANCIAS DEL PENSAMIENTO DE SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA SOBRE LA ESPERANZA

Santo Tomás de Villanueva es, ante todo, un Pastor. Se ocupa y preocupa en acompañar a los fieles de su diócesis de Valencia en el camino que lleva hacia Dios. Y la esperanza se encuentra en la base y como el fundamento de su predicación y de su actividad pastoral. Al margen de la esperanza la vida y la obra de Santo Tomás de Villanueva se hacen incomprendibles. Pero la esperanza en santo Tomás de Villanueva no es algo abstracto o puramente teórico. La esperanza es para él la vida de su vida.

Comprender su pensamiento sobre la esperanza exige el situar tanto su vida como su obra dentro del contexto tanto social como religioso en el cual se desarrolla su vida y su actividad pastoral. Este contexto nos es hoy ciertamente bien conocido. Existen estudios históricos sumamente detallados sobre este tema¹ y nos es conocido, sobre todo, por los sermones o “conciones” del mismo Santo Tomás de Villanueva. Santo Tomás de Villanueva habla con frecuencia de la situación en la cual se encuentra y en la cual ha de trabajar. Sus sermones muestran con gran detalle cómo él mismo vivía los problemas de su época y, sobre todo, los problemas de la Iglesia. La situación de la Iglesia en general y, de una forma más concreta, de la Iglesia de Valencia

¹ ÁLVAREZ GUTIÉRREZ, L., “Fray Tomás de Villanueva ante los problemas de su tiempo”, en *Revista Agustiniana* 38 (1987) 361-398; GALLEGUO VILLENA, L., *Santo Tomás de Villanueva y su entorno*, Valencia 2008, 15-44; GONZÁLEZ GONZÁLEZ, N., “Tomás de Villanueva y su tiempo”, en *La Ciudad de Dios* 186 (1973) 506-528; CAMPOS, F. J. (coord.), *La Iglesia y el Mundo Hispano en tiempos de Santo Tomás de Villanueva (1486-1555)*, R.C.U Escorial-María Cristina 2018; JOBIT, P., *L'évêque des pauvres. Saint Thomas de Villeneuve*, Artème Fayard, Paris 1961, 155-175.

era ciertamente crítica. El ambiente que le rodeaba era un ambiente marcado por la inmoralidad en las costumbres, el abuso del poder de los ricos sobre los pobres y, sobre todo, por la presencia de la reforma luterana y la lucha en contra de los turcos. Las noticias que le llegaban de Alemania no eran precisamente alentadoras

“¿Y qué voy a decir de nuestros tiempos? Han vuelto, hermanos los primeros siglos, y el mundo, ya en su última vejez, ha regresado otra vez a su primera infancia. Ahora nadie sigue a Dios si no es por los regalos: no hay nadie que se acerque gratis a su altar, según la queja del Apóstol: *Todos buscan sus propios intereses, no los de Jesucristo* (Flp 2, 21). ¿Dónde está hoy el celo, dónde la reciedumbre de los mártires? ¿Quién siente hoy como ellos el celo por la gloria de Dios? ¿Quién se expone hoy al peligro como ellos, por amor a Dios? ¡Cuántas cosas se hacen hoy en los congresos, en los consistorios, en los capítulos, contra Dios, contra las buenas costumbres, contra el bien común! No hay nadie que se oponga, nadie que dé la cara y haga frente, siquiera sea verbalmente, a los prevaricadores. Nadie consiente sufrir merma de su dinero, nadie se atreve a contristar a los mayores: le parece que ya ha hecho bastante si él no lo hace, si él no despilfarra, si no toma parte en el crimen y si no se une a los malvados en una decisión injusta.

Abstente, por favor, Señor Jesús, abstente de someternos a prueba en estos tiempos, que no se vea lo que tienes entre nosotros. ¿Qué imagináis, hermanos, que pasaría si surgiera hoy en el pueblo cristiano alguna persecución de aquellas antiguas?, ¿si se levantara contra la Iglesia alguna tempestad de aquellos tiempos? ¿Pensáis que Dios encontraría fe sobre la tierra? (Lc 18, 8). Los que no somos capaces de soportar cosas de poca monta, ¿cómo íbamos a soportar cosas mayores? Los que no somos fieles en lo poco, ¿cómo lo íbamos a ser en lo máximo (Lc 16,10). No aguantamos por Cristo las injurias de los hermanos, ¿cómo aguantaríamos los incordios de los déspotas? No toleramos la pérdida de dinero, ¿cómo toleraríamos los peligros de la muerte?

Aprended de la experiencia de Alemania. Toda una grande y extensa provincia, engañada por un solo hombrecillo, ¡cómo se desvió del camino recto de la verdad y de la auténtica fe! Un pueblo por lo demás serio y noble, al que antiguamente, por su conocida y acendrada fe, le fue concedido por el sumo Pontífice el título de “Imperio del pueblo cristiano contra infieles y bárbaros”, en qué poco tiempo, ay, y con qué

facilidad se dejó llevar por el detestable error, y en su gran mayoría experimentó un vuelco total! Todos tenéis conocimiento de su perdición y del cambio radical. Decidme, ¿cuántos obispos, cuántos monjes, cuántos predicadores y rectores de iglesias han sido desgarrados, destrozados, quemados vivos?, ¿cuántos habéis llegado a contar que por oponerse a esta falsedad, recibieran la palma del martirio? ¿Quién levantó públicamente la voz en la calle contra el pestilente error? ¿Quién se enfrentó hasta derramar la sangre? ¿Quién soportó el más leve deterioro en defensade la fe católica? Los que hubieran debido oponerse, todos éstos, con anterioridad fueron corrompidos, no tanto quizás por el error, como por la lujuria; éstos, antes que ningún otro, contra lo lícito y lo legal, contra la fe y los votos, acogieron con grandísimo entusiasmo la licencia matrimonial ofrecida” (C. 354, 8; O.C.VIII-2, 479)².

La situación de la sociedad no era mejor. Le preocupa sobre todo la lucha contra los infieles que, paso a paso, iban invadiendo toda Europa.

“Ahora mismo están amenazantes sobre Italia y Austria dispuestos a tragárselo todo en poco tiempo si Dios no se lo impide. ¡En cuántos aprietos se encuentra hoy la Iglesia! ¡Qué grandes peligros la acechan! Tienen desplegado un poderoso ejército de 400. 000 hombres, y si se da el caso –cosa que no quiera Dios– de que derroten a nuestro ejército, mucho menor en número que aquel, se les abre un camino fácil hasta Roma. Por eso la Iglesia, colocada en tan embarazosa situación, levanta los ojos al cielo hacia su Esposo y Señor, hacia su protector, y como quejándose y asombrada de que consienta verla así atribulada y afligida, le grita este piadoso lamento: *Despierta, Señor, despierta, ¿por qué duermes?* (Sal 43, 23). ¿Qué sueño es? ¿Qué clase de sopor? ¿Hasta cuándo estarás dormido? ¿Hasta cuándo te harás el desentendido? ¿Hasta cuándo estarás callado?” (C.180, 4; O. C.IV, 377).

Pero lo que le preocupa es sobre todo la situación en la que se encontraba la Iglesia y, de forma particular, la iglesia en Valencia: el desorden que existía en ella:

² Todas las citas de las Conciones de Santo Tomás de Villanueva están tomadas de: SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, *Obras Completas*, vols I-X, BAC, Madrid 2010-2015.

“Levantad la vista y ved qué sucede hoy en la Iglesia ¿Dónde está hoy el juicio? ¿Dónde la justicia? ¿Dónde la piedad? ¡Ay, si volvieras hoy, Espíritu Santo! ¡A cuántos condenarías en orden al juicio, a cuántos en orden a la justicia, a cuántos en orden al pecado! Da vergüenza ver lo que pasa, y le dan a uno ganas de irse a vivir con las bestias en la soledad de los montes y no ver los engaños, las trampas, las calumnias, las perfidias, las injusticias y demás horrores que a diario se cometan en los pueblos (C. 174, 14; O. C IV, 301).

“No convirtáis la casa de mi Padre en casa de negocios. Es terrible lo que se dice en el libro de los Reyes: *Todo el que quería, llenaba su mano y se hacía sacerdote* (3Re 13, 33). ¿La Iglesia de Dios, casa de compraventa? ¿Y que sus sagrados ministerios se compran y se venden? ¿Y que, si uno en nuestros días quiere llegar a obispo, beneficiado, canónigo, necesita tal vez llenar la bolsa? Líbrenos Dios a todos de tamaña desgracia. Sin embargo, sí hay que temer, en caso de que hoy suceda eso, lo que antaño dijo el Profeta: *Los príncipes hacían cohecho en los juicios, y sus sacerdotes enseñaban por interés, y sus profetas adivinaban por dinero, y se apoyaban en el Señor diciendo: “Ningún mal vendrá sobre nosotros”* (Miq 3, 11). Pues hoy día, ¿quién da un buen asesoramiento si no es por dinero? ¿Quién predica sino por dinero? ¿Quién recibe un mandamiento del juez que necesita, si no va por delante el dinero? *¿Quién hay entre vosotros –se lamentaba el Señor por otro Profeta– que se encargue de cerrar las puertas y que encienda el fuego del altar gratuitamente?* (Mal 1,10). Al coro sólo asisten unos pocos, y eso por las distribuciones. Alguien que cierre las puertas, que encienda las luces, no se encuentra, salvo que se le pague. Entonces, ¿qué solución queda, ¿qué podemos esperar, sino que vuelva Cristo al templo con el látigo y los eche a todos de allí? Por de pronto, sabed que el Anticristo será el azote de Dios, que el turco lo está siendo, y que en nuestros días el miserable Lutero es también un azote” (C.131,23; OC III, p 439).

LA REFORMA DE LA IGLESIA

Ante esta situación su primer problema es tomar conciencia de lo que se puede hacer. Era preciso reformar la Iglesia, reformar la sociedad, reformar la vida de sus fieles. Es su gran deseo.

“¡Oh la reforma de la Iglesia, por largo tiempo deseada y nunca emprendida! ¡Oh, quién me diera verla con mis propios ojos antes de morir! Tened por seguro, hermanos, que mientras la Iglesia se mantenga en estas costumbres, es inútil la lucha contra los turcos: hay que luchar contra las costumbres antes que contra las huestes enemigas. En definitiva, enmendemos nuestra vida, adhirámonos a Dios y él luchará a nuestro favor” (C. 87, 6 ;OC II, p 663).

Pero ante esta situación surge la tentación de la desesperanza. No se sabe cómo actuar. La tarea es demasiado amplia, excesiva para sus fuerzas. El fracaso de toda actuación, de toda intervención se hace presente. La tarea se le presenta como algo imposible. Era la tentación que acechaba por todas partes y que afectaba directamente al mismo santo Tomás:

“Estamos dormidos, hermanos, desconocedores del peligro en que nos hallamos. Nos cercan asechanzas por todas partes, y nosotros ni nos enteramos. *Hermanos*, nos recomienda el Apóstol, *amonestaos todos los días unos a otros* (Heb 3, 13), dad voces, clamad en vuestros corazones, a ver si los animáis a que teman el juicio, al pudor al amor, al deseo del reino de los cielos. ¡Ay, Señor! ¡Cuántas veces me parece que estoy como dormido, y que deseo despertarme, y me traigo una lucha commigo mismo... y ya ni la luz veo (Sal 39,13). Sólo veo esto: que soy un ciego” (C. 3, 4; OC I. 61-63).

El primer testimonio de la esperanza es precisamente elegir la audacia, es decir, obrar a pesar de todo, obrar a pesar de lo absurdo y de la ambigüedad de la situación en la cual se vive. Cuando la esperanza se hace presente estamos seguros de que aquello que estamos haciendo no es quizás la solución perfecta, pero es posible que sea el comienzo mismo de la solución. Puede ser un fracaso, pero es preciso hacer algo. Lo peor es no hacer nada. Si esperamos que todo sea absolutamente claro antes de obrar, no haremos nunca absolutamente nada, ya que nada en este mundo es absolutamente claro. En esta vida estamos obligados a caminar siempre en medio de la penumbra. Es necesario hacer aquello que es posible hacer, incluso si eso que hacemos es sumamente modesto, pobre. Es preciso elegir siempre la audacia. La audacia no

consiste en hacer planes o proyectos para el futuro, es obrar en el contexto y la situación en la cual nos encontramos.

Santo Tomás juzga que toda situación de desánimo, de no saber que hacer no es algo normal en el hombre. Más aún, es algo que va contra la misma naturaleza del hombre.

Dios nos ha hecho a su imagen y semejanza. Somos imágenes de Dios.

“Es grande la excelencia y dignidad del hombre por su imagen de Dios. ¿Qué más digno que parecerse a Dios? *Lo que el Padre me ha dado es lo más excelente de cuanto existe*, dijo el Señor (Jn 10,29). ¿Y qué otra cosa le dio el Padre sino que fuera *el esplendor suyo y la imagen de su sustancia?* (Heb 1,3). Así pues, el Hijo es imagen de Dios e imagen de Dios también el hombre, pero de diferente manera, pues aquel es imagen sustancial y natural, el hombre es imagen imitativa. [...] Me preguntarás: ¿En qué aparece esta imagen? [...] La imagen está en las potencias, y la semejanza en los dones gratuitos. Por tanto, la imagen es indeleble; por el contrario, la semejanza puede variar y perderse. En concreto, el hombre es imagen de Dios porque en él está la excelencia de Dios, es decir, en su mente y en su espíritu, y consiste precisamente en la simplicidad, la incorruptibilidad y la libertad del alma, de la misma manera que Dios es simple, incorruptible y libre. Mira qué grandes perfecciones de Dios hay en el alma” (C.225,2-3; OC V, 459-463).

La imagen, por naturaleza, está orientada hacia su modelo. En lo más profundo del ser del hombre hay un deseo radical y originario de Dios, de descansar en Él. El hombre ansía con inquietud su verdadero centro; busca en Dios el Bien y la Paz que le sacien plenamente.

“Pues el amor es peso del ánima. Testigo es el gran Agustino, que dice: “Mi amor es mi peso; con él soy llevado doquier que soy llevado”, y así como el peso lleva la piedra al centro, así es el amor, que lleva el ánima a su centro, que es Dios, el cual es así propio lugar del ánima, como el centro es el propio lugar de la piedra. Pues imita, oh ánima mía, a la naturaleza; remeda y sigue a lo menos, ya que más no quieras hacer, a una piedra insensible. ¿No veis por ventura con cuánto ímpetu y furia la piedra se va al bajar a su centro? Cuanto ella más puede, se da prisa a bajar y a buscar su descanso, que es el centro, y si

alguna cosa se le pone entre medias que le quiera estorbar, con todas sus fuerzas la echa de sí y procura que su camino no sea estorbado, para que finalmente vaya adonde desea y a su reposo. Un peñasco movido de su lugar y cayendo de lo alto, cosa espantosa es ver con qué ímpetu cae, con qué estruendo corre al bajo, con qué presteza y ligeza se da priesa para llegar al lugar a sí conveniente y donde pueda descansar, y todas las cosas que se le ponen delante las desmenuza, quebranta y deshace para que finalmente pueda llegar donde va. Tal te da, oh ánima mía, a tu Dios; no sea poca tu vergüenza y confusión, cuando te vieres vencida de una piedra, y que con mayor ímpetu ella se va a su centro que tú te vas al tuyo. Deshaz, pues, y derrueca *[sic]*, y destruye todo lo que se te pone delante y te impide que no vayas a tu Dios; quebrántalo y pasa, como está escrito: *Traspasaré el muro, mi Dios*" (C. 213, 4; OC. V,279).

Este deseo radical de Dios no es un deseo vano, vacío, está habitado por la esperanza, por la seguridad de encontrar aquello que se busca.

Buscar, desear es ciertamente una operación extraña. Cuando buscamos, buscamos siempre algo o a alguien. Y eso que buscamos de cierta manera lo poseemos ya. Nadie busca sin saber lo que busca. La acción de buscar viene precedida de una cierta posesión de aquello que se busca. Buscamos a Dios, deseamos ver a Dios, porque, en cierto modo, Dios está ya presente en nosotros y es Él mismo quien nos incita y anima a buscarle. San Agustín dirá con plena claridad: "Se le busca para que sea más dulce el hallazgo, se le encuentra para buscarle con más avidez" (Trin 15,2,2). "Busquemos como si hubiéramos de encontrar, y encontraremos con el afán de buscar" (Trin 9, 1,1). Es esta primera y elemental presencia la que da seguridad y confianza de encontrar aquello que se busca. Esta presencia elemental, originaria es el fundamento de la esperanza, de llegar un día a gozar de la presencia plena de Dios: "Dando gloria a Dios, no suspirando sino unidos a aquel por quien hasta el final hemos suspirado y en esperanza ya lo hemos gozado" (C. 43, 3, OC II,43).

Es cierto que en esta búsqueda de una plena visión de Dios el hombre puede errar y de hecho, y con frecuencia, busca a Dios allí en donde no se encuentra: riquezas, placeres, poder.

“Empléate, pues, al máximo en esta tarea, esfuérzate más que nada en esto durante tu vida mortal, para que no te encuentres sin este siglo, para que abundes en este tesoro del amor, para que te hagas rico con esta perla, es decir, que mantengas el amor, que acrecientes el amor, que conformes en ti el amor. Porque es vacío y perdido todo tiempo que no se emplee en esto; huera y sin fruto es toda obra que no se dirige a ese objetivo” (C.212,10 ; OC. V,271).

LA VIDA DEL HOMBRE ES UN CAMINO HACIA DIOS

La vida del hombre es ciertamente un camino. Este camino va desde el nacimiento hasta la muerte. Pero los hombres no recorren todos este camino de la misma manera. En realidad, se podría decir que se vive como se camina. De hecho, se puede caminar sencillamente para distraerse, para dar un paseo. En este caso se va de un lugar a otro sin un proyecto fijo, determinado. La único que se busca es la distracción. Es un paseo. Se camina sin ir a parte alguna. El hombre puede igualmente hacer de su vida un paseo. En este caso se vive distraído, sin proyecto alguno. La vida carecerá de peso, de calidad. Será una pura distracción. Pero existe otra forma de caminar, como es la del nómada o la del peregrino. El nómada como el peregrino están poseídos por un deseo que les lleva a dejar su casa, su familia, su patria para buscar aquello de que carecen y de lo cual realmente tienen necesidad para continuar viviendo: el alimento material para el nómada, el alimento espiritual para el peregrino. El caminar de uno y otro es un caminar que está al servicio de un proyecto sumamente concreto. En este caminar no es el camino que se ha de recorrer lo importante sino aquello que se busca por medio o a través de dicho caminar.

El caminar hacia Dios está lleno de peligros. Puede sobrevenir el cansancio, ser atacado por los malhechores, caer en un precipicio. Otras veces no se ve claro a dónde dirigir los pasos ya que la niebla obscurece el camino.

“Es harto difícil caminar. ¡Cuántos sinsabores, cuántos peligros para los caminantes! Pues nosotros, hermanos, estamos de viaje, en peregr-

nación a Jerusalén. ¡Oh, cómo nos cuesta y qué peligros nos esperan!” (C.55,1; OC II,241).

“Camina, prosigue por el camino recto; compensa con obras buenas tus yerros cometidos, ¿a qué te detienes, por qué estás parado? (C 226, 9; OC V, 491).

“Por tanto, hermanos, imitemos el entusiasmo de los que caminan hacia su patria, donde tienen a sus esposas e hijos. ¡Cómo aprietan la marcha! Más que andar, vuelan. No se enteran de las montañas, ni de las “cuestas”, del rigor del mal tiempo, ni de las lluvias. No les detiene ni la belleza del camino, ni los viñedos, ni la vegetación. No pueden olvidar la meta a la que se dirigen. Ya estén comiendo, o bebiendo, o sentados, siempre tienen en su mente el objeto de su viaje. En todo momento se desentienden de todo para caminar hacia su destino. No les detienen ni las murallas de las ciudades, ni los castillos, ni las fiestas, ni las diversiones. Se levantan muy temprano, ansiosos por llegar a su casa. Se desentienden de los caminos de los otros y de adónde van; ellos se preocupan sólo de su ruta, porque su espíritu está en la patria. Vosotros, hermanos, haced también así. No olvidéis adónde vais; tenedlo constantemente en la memoria. No os dejéis seducir por los atractivos del camino de esta vida, menospreciadlos y corred rápidos hacia la meta. No es preocupéis de las andanzas de los demás, de qué harán, adónde irán. Vosotros seguid vuestra ca mi no. Como el Salmista: *Si me olvidare de ti, Jerusalén, etc.* (Sal 136, 5). Poned atención en lo que se nos dice: *Mirad que subimos a Jerusalén*” (C. 95, 1; OC II, 249).

“Ahora bien, el que va por el camino ha de esmerarse en mantener fija su mirada en la dirección correcta y hacia la salida, es decir, al final de la vida. Símbolo del caminante es la flecha que se dirige derecha al blanco” (C.25, 2; O.C. I, 403).

LA ESPERANZA ES LA VIRTUD DE AQUEL QUE CAMINA

La esperanza es precisamente la virtud de aquel que camina. Es ella quien pone en camino al caminante, la que le guía, conduce y orienta en su caminar. Frente al desánimo o la duda de obtener aquello que se espera, la esperanza nos pone en pie y otorga una fuerza nueva para seguir caminando en medio de las múltiples dificultades que surgen o

pueden surgir a lo largo del camino. La esperanza es vida y otorga la vida a aquel que la acoge.

“Ya lo ves, el que al principio vivía triste al acordarse de la Sión del cielo, por sentirse desterrado y prófugo, ahora, reanimado por la esperanza de volver allá, con un gozo desbordante promete y jura que jamás se olvidará de ella” (C. 362, 3; O.C. VIII-2, 601).

Incluso es la esperanza quien despierta al amor. Ella es la fuerza del amor.

“Muy tibio es el amor, si no lo despierta la esperanza, y la fuerza del amor es la esperanza. Así que ésta no debilita el amor, sino que, al contrario, lo robustece. La esperanza añadida no lo desvanece, sino que lo embellece; el amor es hermoso en sí mismo, pero se hace fuerte con la esperanza” (C.332, 16; O.C. VIII-2, 133).

La esperanza es como una semilla y, por lo mismo, está orientada hacia el porvenir. Nos libera del presente, de lo inmediato para ponernos en camino hacia el futuro. La esperanza, como la semilla arrojada en tierra, tiene necesidad, de ser acogida en el corazón, porque es ahí, en el corazón del hombre en donde echa raíces y se desarrolla hasta dar fruto. Pero la esperanza precisa ser cuidada ya que corre el peligro de ser ahogada por el desánimo. La esperanza es una llama que necesita ser alimentada con el aceite de las obras.

Cuando la esperanza está ausente de la vida , surge la muerte, surge el vacío. Vivir sin esperanza es morir. Santo Tomás de Villanueva compara las personas sin esperanza con Lázaro muerto y sepultado e, igualmente, con el joven muerto que Jesús resucita y entrega a su madre. Cristo se acerca, lo toca y dio una voz: “*Joven, yo te lo mando, levántate*”. El Señor hace nacer en ellos la esperanza, la vida. La esperanza es la raíz de la vida.

“En la resurrección del difunto se dieron, por parte de Jesús, cuatro tiempos: Primero, se acercó. Segundo, lo tocó: *Y se acercó y tocó el féretro*. Tercero, hizo que los portadores se detuvieran: *Y los que lo llevaban se pararon*. Cuarto, dio una voz: *Y dijo: Joven, yo te lo mando, levántate*. Lo primero de todo es acercarse. Es cuando el Señor sugiere la conversión, imprime el

dolor, cura los afectos corrompidos. Toca, cuando hace reflexionar, cuando desazona. Se paran los portadores, es decir, la adulación, la esperanza de vida, la presunción de la misericordia de Dios, la mirada a los pecadores. Jesús clama: *Joven, a ti te lo digo, levántate*" (C. 210, 7; OC V, 237).

EL FUNDAMENTO DE LA ESPERANZA: LA FIDELIDAD DE DIOS

El fundamento de la esperanza es, en primer lugar, la promesa de Dios de estar con nosotros, de sostenernos en el camino que nos conduce hacia él y, sobre todo, en el hecho de que Dios es amor y es fiel a sí mismo, fiel a sus promesas: "*Dios es fiel incluso si nosotros somos infieles, porque no puede negarse a sí mismo*" (2 Tm 2, 13). La fidelidad es la forma que adopta el amor en el tiempo. Dios no cesa de acompañarnos y de levantarnos en medio de nuestras caídas.

La fidelidad de Dios crea en nosotros la confianza en él. Es cierto que confiar en alguien no es algo evidente. Y sin embargo la confianza se encuentra en la base y como fundamento de toda la relación social. Es cierto que con frecuencia se vive en la desconfianza. Se tiene miedo del otro. Se juzga que el otro invade nuestra vida, nuestra intimidad. Y, sin embargo, no se puede vivir sin confianza. Es necesario reencontrar el camino que nos lleve hacia ella. Pero la confianza no se decreta. Para que surja y se desarrolle tiene que apoyarse en pruebas tangibles. La confianza tiene siempre un fundamento. Y este fundamento es la fidelidad de Dios a sus promesas.

"La única razón, el peso, la única base de toda mi esperanza es ésta: que tú eres, Señor, la causa de todos mis trabajos y de todas mis acciones, y que tú eres también su fin: por ti y mirándote a ti los he llevado a cabo, es decir, al final me está preparada una corona, no por las obras, sino por la confianza." (C 2, 15; O.C. I, 51).

"Cuánta ha de ser la esperanza de los humanos en ese juez! ¿Quién no va a esperar la salvación, por gran pecador que uno sea y no la merezca, si su dictamen final lo aprobará un poder benignísimo [.] ¿Qué menos que tener esperanza siendo él *la propiciación por mis pecados?*" (1Jn 2, 2). ¿Qué menos que confiar cuando veo resplandecer grabadas en el cuerpo de mi juez las insignias de mi salvación" (C. 1, 14; O.C, I, 23).

Vivir de la esperanza es vivir de la Promesa, de la Palabra de Dios. Es precisamente la meditación de la Palabra de Dios quien sostiene y vivifica la esperanza. Y Dios sostiene y vivifica la esperanza igualmente a través de los hechos y acontecimientos de nuestra vida. Cuando los contemplamos encontramos en ellos indicios que animan y excitan la esperanza.

“Pero pon atención, alma cristiana, y reconoce lo siguiente: existen ciertos signos y conjeturas por los que de algún modo puedes colegir que estás en gracia y amistad de Dios. No con certeza, y esto mismo es también un rasgo de la misericordia divina, pues si lo supiéramos con seguridad, nos induciría a la soberbia y la desidia; o, en otro caso, a la desesperación, si sabemos de seguro que, después de tantos trabajos por nuestra parte, no alcanzaríamos la gracia de Dios. Por estos motivos, quiso el piadosísimo Dios que eso estuviese oculto, dejándonos entre tanto algunos indicios que sean capaces de excitar y a la vez mantener nuestra esperanza y nuestro temor ante Dios.” (C.83,4; O.C II,559).

Esta fidelidad de Dios a sus promesas crea la confianza en nuestro corazón y esta confianza es quien fundamenta la esperanza. De hecho, la esencia de la esperanza se encuentra en la confianza en Dios y no en nuestras obras.

“La esencia de la esperanza es, por tanto, que realices obras, y que confíes en Dios, no en las obras” (C. 35, 5; O.C. 535).

“El real Profeta describe con pocas palabras, y pensando en sí mismo, el modo cómo Dios guía a sus santos y elegidos por el camino de la salvación. Dice: *El Señor me guía, nada me faltará* (Sal 22, 1). Porque, con un guía como éste, ¿qué cosa me puede faltar? ¿Cómo podré equivocarme, dirigido por la Verdad? Yo me he confiado enteramente a él para que me guíe, él dispone de mis actos y de mis afectos, él endereza mis pasos; él es el guía, él es el camino, él es mi carro, él mi conductor. *Porque yo sé bien de quién me he fiado, y estoy cierto de que él es poderoso para conservar mi depósito hasta aquel día* (2Tim 1, 12), y estoy seguro de que nada impedirá, nada se opondrá a que, llevándolo a él de guía y moderador, consiga yo llegar adonde quiero y alcanzar lo que pretendo” (C. 329, 1; O. C. VIII-2, 63).

JESUCRISTO FUNDAMENTO DE LA ESPERANZA

La fidelidad de Dios a sus promesas crea nuestra confianza en él.
La confianza de Dios en nosotros crea nuestra confianza en él.

La fidelidad de Dios se muestra ante todo en el misterio de la Encarnación. En este misterio Dios nos entrega a su propio Hijo, a Jesucristo; lo pone en nuestras manos para guiarnos y, sobre todo, para otorgarnos la salvación a través de su muerte en la cruz y de su resurrección. Jesucristo es la revelación del amor que Dios nos ofrece.

“Éste es el gran misterio de nuestra fe y su único fundamento: el que se adhiera a él con verdadero amor, se salvará; *el que lo ignore, será ignorado* (1Cor 14, 38). En él se fundamenta toda la salud y la vida de las almas. Ésta es aquella maravillosa prenda de amor y el inexplicable beneficio por el que Dios nos emparentó con la divinidad. Ésta es la gracia mayor y más alta que hizo al mundo, pues hasta tal punto exaltó y sublimó al hombre, que, siendo nuestro Dios, se hizo hermano nuestro, hueso *de nuestros huesos y carne de nuestra carne* (Gn 2, 23). ¡Cómo se afianza con esto nuestra esperanza, hermanos, nuestra seguridad en la vida!” (C. 232, 3; O.C. VI, 95).

El pensamiento de santo Tomás de Villanueva sobre la esperanza es esencialmente cristológico. Cristo es la expresión suprema de la fidelidad de Dios, el fundamento de la esperanza. Él es nuestra esperanza. En él Dios cumple, realiza lo que había prometido: nuestra salvación. Cristo deja su cielo, deja su gloria y viene a nosotros para mostrarnos el amor del Padre.

“Éste es el Cordero de Dios, éste es el Salvador y guardián del mundo, él es nuestra esperanza, él es nuestra gloria y nuestra cabeza, él nuestra honra y la corona de nuestra gente; él lava nuestras manchas y nos colma de todos los bienes” (C. 273, 8; O.C. VII, 215).

“Él fue levantado en la cruz como estandarte, para que todos cuantos fuimos envenenados por aquella serpiente antigua (Gn 3,1ss), levantemos a él la mirada, porque en él está la salud completa, en él la medicina contra todos los pecados, en él toda esperanza y toda vida. Así pues, si te notas contagiado con el veneno de la serpiente, lesionado con una herida grave, fija tu mirada en Cristo pendiente de la cruz, levanta a él

los ojos de tu mente, no te separes de él, unge tus heridas con sangre de su cruz, mantén viva la memoria de Cristo crucificado, invócalo, y te curarás” (C. 241, O.C. VI, 287).

El fundamento de la esperanza es, por consiguiente, la confianza en Cristo. Toda nuestra esperanza ha de estar fundamentada en él. “En él está la salvación mía, en él la vida, en él la esperanza y la confianza plenas” (C.319, 15; OC VIII-1, 467). La vida de Cristo es nuestra esperanza.

“Su ancla es la esperanza, que, sujetá *en los agujeros de la roca* (Cant 2, 14), es decir, en las llagas de Cristo, *mantiene* inmóvil la lancha que se debate entre las olas de los vicios, para que *no la arrastre la corriente del agua, ni la trague* el abismo de la desesperación (Sal 68, 16). La carta de navegación, como la llaman o la descripción de la ruta, es la sagrada Escritura, que avisa de los escollos y peligros de este mar. Los timoneles, que llamamos vulgarmente “pilotos”, son los santos doctores, cuya pericia gobierna la nave de la Iglesia. No busques, te lo ruego, otros capitanes: éstos, instruidos por el espíritu de Dios, conocen a la perfección el oficio y el mapa de navegación. El timón o la brújula en que se basa todo el arte de navegar es la vida de Cristo; no la pierdas nunca de vista si quieres llegar al puerto de la salvación” (C. 319, 11; O.C. VIII-1, 461).

Pero el misterio de Cristo que con mayor claridad muestra el amor de Dios hacia el hombre y, por lo mismo, crea y fundamenta nuestra esperanza es la resurrección. Con su resurrección resucita nuestra esperanza, como resucitó la esperanza en María Magdalena. Por esto santo Tomás de Villanueva no cesa de decir:

“No desconfíes, hombre. Tenemos garantías de ello: resucitó consigo a otros, que son testigos de su propia resurrección y de la de Cristo. Él tomó tanto de los muertos como de los vivos, para darte la esperanza de tu resurrección” (C.168, 6; O.C. IV, 169).

“En él tengo depositada mi gran esperanza: pues en él estoy viviendo en cierto modo, y en él en cierta manera he ya resucitado, como asegura el Apóstol: *Dios nos resucitó con él y con él nos hizo sentar en los cielos, por Cristo Jesús* (Ef 2, 6)” (C 161, 3; O.C. IV, 37).

Y por medio de su ascensión Cristo levanta, eleva nuestra esperanza. Si Cristo asciende al cielo es para mostrarnos que no debemos fundamentar la esperanza aquí, en las cosas de la tierra. El fundamento de la esperanza está en Cristo.

“Y esto no lo hizo así sin intención, pues él, que había querido mantener el secreto de su concepción, de su nacimiento, de su transfiguración, de su resurrección, sin testigo presencial ninguno, decidió subir a la vista de muchos, para así, a la vez que evidenciaba el hecho de su ascensión, crear en nosotros la seguridad de que algún día será también la nuestra, y levantar nuestra esperanza, pues a los hombres les resultaba igual de difícil creer en la ascensión que en la resurrección. Por eso, había que afianzar esta fe de tal modo, que no quedara en los hombres el más mínimo resquicio para la duda a ese respecto” (C. 250, 2; OC VI, 451).

Como prenda y garantía de la esperanza que Cristo infunde en nuestro corazón nos entrega su propio cuerpo en la Eucaristía. En este sacramento Santo Tomás de Villanueva fundamenta igualmente su esperanza.

“Porque este sacramento es prenda de la herencia eterna, la única áncora de nuestra esperanza, el único asilo para nuestro consuelo: gracias a él, confiamos entrar en el celestial santuario para ver a Dios, apoyados en esta esperanza, quiero decir; aunque pecadores, aunque débiles y enfermos, siguiendo sin embargo el consejo y el aliento que nos da Dios, más aún, su mandato” (C. 258, 10; O.C. VI, 601).

“Acerquémonos, pues, así, comamos así de aquel pan y bebamos de aquel cáliz, manteniendo *firme la profesión de nuestra esperanza* (Heb 10, 23), es decir, manteniendo firme e incommovible la esperanza de alcanzar la bienaventuranza por un don tan grande, porque el que dio su propia carne, no negará la herencia que él prometió. Nos dejó una segura garantía, y *fiel es el que hizo la promesa*. Por una y otra parte, nuestra esperanza está bien fundada y corroborada, tanto por la fianza, como por la fidelidad. Así que no tenemos por qué temer ser engañados” (C. 258, 11; OC VI, 603).

“Confíe quien quisiere en las obras de su justicia o en las obras y santificaciones de la Iglesia; que yo, sobre todo, en este único sacra-

mento pongo toda mi esperanza, y confío que no me será imputado a insipiecia mi ignorancia (Sal 21, 3) (*Proemio unos sermones del Santísimo Sacramento*, O.C. X, 207).

LA ESPERANZA, UNA GRACIA, UN DON GRATUITO DE DIOS

La esperanza es, ante todo un don, una gracia de Dios. A nosotros nos corresponde el estar preparados para recibirla. La imagen del sembrador que deposita la semilla en la tierra con la esperanza de recobrar más tarde el fruto, expresa con plena claridad lo que ha de ser la esperanza para el hombre.

“En realidad no se debe a tus obras, sino a la misericordia de Dios; en ella se basa tu esperanza de perdón; es congruente, en efecto, con la misericordia divina la concesión de aquel bien infinito, y es cosa digna y razonable que aquel Bien sumo colme de sí mismo al hombre, al que hizo, por naturaleza, capaz de sí, para que no sea un fracaso su obra maestra” (C. 43, 7; OC II. 51).

LA ESPERANZA LLENA DE ALEGRÍA EL CORAZÓN

La esperanza posee unos efectos de gran importancia en la vida cristiana. No solo modera el dolor, sino que llena de alegría el corazón y lo llena de alegría porque ofrece ya, en esta vida, una cierta presencia de la vida eterna. Santo Tomás de Villanueva desarrolla este tema con amplitud. Formamos parte del Cuerpo de Cristo, somos sus miembros y participamos de su misma vida.

“Ahora por de pronto *el reino de Dios está dentro de vosotros* (Lc 17,21). Está oculto, pero entonces se revelará; ahora es grande lo que hay dentro de vosotros, pero está oculto: *Amadísimos, nosotros somos ya ahora hijos de Dios, mas lo que seremos algún día no aparece aún* (1Jn 3,2). ¡Qué grande y qué gloriosa es esa filiación, la que se oculta en estas palabras! [...] pero se descubrirá su filiación: ahora tienen la garantía del Espíritu y una esperanza viva, están esperando el cuándo *del que resucitó a Cristo Jesús de*

entre los muertos, que vivificará también nuestros cuerpos mortales (Rom 8,11)” (C. 5,4; O.C. I,89).

“¿Acaso no es motivo plenamente justificado de alegría tener una esperanza cierta de gloria? ¿Quién no se alegrará *esperando la gloria de los hijos de Dios?* (Rom 5, 2). ¿O cómo puede estar triste uno que, tras un breve tiempo, espera reinar con Dios, ser agregado a la compañía de los ángeles y disfrutar de la felicidad eterna? Que se hunda el mundo, *que se desintegre el universo, que se resquebraje la tierra:* “Aunque el universo se desplome hecho pedazos, le golpearán impávido los cascotes” (Horacio). Pues *ningún acontecimiento podrá contristar al justo* (Prov 12, 21), ya que todo lo temporal es para él accesorio. Su tesoro lo tiene escondido en lugar seguro, donde ni el ladrón lo puede robar, ni puede roerlo la polilla (Mt 6, 19)” (C. 314, 7; O.C. VIII-1, 373).

FE, ESPERANZA Y CARIDAD

La esperanza ciertamente nos sostiene en el camino que conduce a la “patria”, a la visión de Dios. Y es la fe la luz que guía la esperanza. Es ella quien muestra, en cierto modo, la “patria”.

La fe, según el Apóstol, es *el compendio básico de las realidades que se esperan y una prueba de las cosas que no se ven* (Heb 11,1). Mejor no se la podía definir, pues la fe nos muestra las cosas que debemos esperar, y da vigor y firmeza a nuestra esperanza. Haz desaparecer la fe y toda esperanza se viene inmediatamente abajo, porque nadie espera aquello en que no cree. Además, gracias al magisterio de la fe, hemos aprendido todo lo que esperamos. En efecto, ¿cómo hemos llegado a saber de la vida eterna, la resurrección, la bienaventuranza y los premios futuros, sino gracias a la fe?” (C. 219,1; O.C.VIII-1,441).

Por otra parte, es el amor quien sostiene la esperanza. Santo Tomás de Villanueva ve siempre la esperanza unida al amor. Amor y esperanza están íntimamente ligados: no hay amor sin esperanza, ni esperanza sin amor. La falta de esperanza es falta de amor.

“La esperanza sin el amor es mercenaria, como dice Bernardo; y el amor sin esperanza es tibio. Por eso la esperanza es el acicate y el

incentivo del amor, pues el amor, cuando se le considera improductivo, pierde intensidad. Y el amor es el soporte sólido de la esperanza: la esperanza se hace certeza cuando existe ya en el corazón la prenda del amor. En efecto, ¿qué es el amor en el alma sino una garantía de la herencia eterna que esperamos? Y si amas y esperas, es seguro que te sentirás feliz, pues, según Aristóteles, cada uno disfruta en lo que ama” (C.64, 18; O.C.II, 341).

Por otra parte, el verdadero amor nunca debe dejar de buscar. La esperanza es un amor hambriento como dice San Agustín (S.255,5). En la vida cristiana no se pueden separar fe, esperanza y caridad. El amor no puede existir sin la esperanza, ni la esperanza sin el amor y uno y otro sin la fe.

MISERICORDIA Y ESPERANZA

Santo Tomás de Villanueva a lo largo de su vida pastoral se encontró con no pocas personas alejadas de Dios a causa de una vida desordenada. No retornan a Dios ya que desconfían de su perdón. Creen que Dios no puede acogerles. Viven en un ambiente de profunda desconfianza con respecto a Dios y, por lo mismo, sin esperanza alguna de salvación. Son plenamente conscientes de su pecado, pero juzgan que Dios no puede perdonarlos. Y santo Tomás, una y otra vez, y con verdadera insistencia en sus sermones desarrolla con amplitud y profundidad el tema de la misericordia de Dios. Muestra que la misericordia es el verdadero rostro de Dios. Dios es inconcebible al margen de la misericordia. Y la misericordia, en aquel que la acoge, hace brotar la esperanza y con la esperanza el retorno hacia Dios. La esperanza nos pone de pie y en camino hacia Dios. La misericordia es la llamada que Dios nos hace, la esperanza nuestra respuesta. Misericordia y esperanza son inseparables. Todos sus sermones tienen precisamente como fundamento la misericordia de Dios y nuestra esperanza en él.

“¡Cuánta ha de ser la esperanza de los humanos en ese juez! ¡Quién no va a esperar la salvación, por gran pecador que uno sea y no la merezca, si su dictamen final lo aprobará un poder benignísimo? Por eso el Apóstol se pregunta: *¿Quién podrá acusar a los elegidos de Dios?*

*Dios es el que justifica, ¿quién habrá que condene? ¿Cristo Jesús, que murió y resucitó, que está a la derecha de Dios y que está incluso intercediendo por nosotros? (Rom 8,33-34). ¿Cómo va a condenar un intercesor, uno que, para no condenarnos, sufrió él mismo la condena de muerte? ¿Cuándo un salvador se ha visto que condene a los que rescató de la muerte? ¿De cuándo acá que mi abogado defensor vaya a condenar a su cliente? En conclusión, he de reconocer, y no tengo reparo en decirlo, que en este juicio todo me causa espanto, todo me produce zozobra, y no puedo evitar un gran temor siempre que recuerdo tan solemne cita. Sólo un consuelo me queda, oh Señor mío: que únicamente tú serás el juez de mis delitos, tú —repito— mi redentor, mi abogado, mi padre, toda mi esperanza, todo mi bien y mi solaz. [...] ¿Qué menos que confiar cuando veo resplandecer grabadas en el cuerpo de mi juez las insignias de mi salvación? Seguro que, aunque yo callara, hablarían por mí aquellas llagas. No responderé otra cosa, a los que hacen reproches a mis palabras, más que esto: *Que siempre he mantenido mi esperanza en tu justificación* (Sal 118,142)" (Con 1,14; OC I,23).*

JAIME GARCÍA ÁLVAREZ, OSA